

rillante del río de La Plata. El «Uruguay» ancló en una bahía escondida, pues para el recibimiento se hacían precisos algunos trabajos, tales como limpiar y pintar el barco, y allí podían ejecutarse sin temor de que fuesen interrumpidos por el oleaje.

CAPITULO XXXII

De Buenos Aires á Suecia

Recibimiento en Buenos Aires.—Viaje en el «Tijuca» á través del Océano.—En casa.



A bordo del «Uruguay.»

LA expedición al Polo Sur había terminado. Bajo un calor tropical, en una región donde pululan millones de hombres, pues se considera casi como la parte más poblada del hemisferio sur, esperábamos los acontecimientos. Acer-

cábase para nosotros un momento de verdadera emoción. Se recordará que las últimas noticias que habíamos recibido de nuestro país eran de año y medio atrás, y podían haber ocurrido muchas cosas durante tan largo tiempo. ¿Qué se diría por el mundo de nosotros y de nuestra empresa? Habíamos obtenido un resultado quizás superior á lo que al empezar nuestro viaje esperábamos, y nuestra conciencia nos decía que en las actuales circunstancias considerábamos cumplido nuestro deber. Tropezamos en nuestra expedición con dificultades excepcionales y la buena suerte no nos ayudó lo

debido; así hay que tener en cuenta que la palabra «contrariedad» ha hecho muchas veces olvidar á la opinión el resultado y juzgar torcidamente al que no le acompañara la fortuna.

Escondidos en la bahía estábamos trabajando con ardor cuando, hacia el mediodía, vimos en el horizonte dos columnas de humo que se acercaban rápidamente. Pronto pudimos distinguir dos embarcaciones de la flota argentina, «Andes» y «Gaviota», que se ocupan generalmente en trabajos hidrográficos en el río de La Plata. Navegan directamente hacia nosotros y dan la vuelta al «Uruguay», tocando la música y saludando con las banderas. Acto continuo caen los botes al mar y poco después se reúnen en la cubierta del «Uruguay» infinidad de oficiales de marina de diversa graduación. Se oyen cordiales felicitaciones por todas partes, y nos entregan el correo que esperábamos con verdadera impaciencia. Lo habían remitido desde el consulado, aunque era muy insignificante, pues todo lo allí retenido había sido entregado unos días antes al «Trithiof», pero venía lo más importante, los telegramas. Uno era de mi madre, todo marchaba bien; otro de Su Majestad el Rey, muy afectuoso; llegaban, en fin, felicitaciones de los protectores de la expedición y de varios amigos particulares. Muchos no recibieron telegrama alguno, pero, á pesar de todo, podíamos regocijarnos de que no llegó tampoco ninguna mala noticia.

En estos momentos pudimos apreciar por primera vez la gran benevolencia que en todas partes se nos dispensaba. También se nos habló del colosal recibimiento que se nos preparaba en Buenos Aires. Tuvimos que estar esperando dos días más allí, únicamente con la idea

de que tales preparativos quedasen listos. Hasta el 2 de diciembre no tuvo lugar nuestra entrada, pero bien temprano, á la mañana siguiente, nos trasladamos mar adentro y anclamos en la rada exterior de Buenos Aires.

¡Qué diferencia más notable notábamos ya entre esta vida y la silenciosa y pacífica de Snow-Hill! Claro está que continuamente teníamos que interrumpir algún trabajo empezado para atender á las preguntas de los periodistas que nos visitaban. Empezaban á asediarnos también los solicitantes de firmas para las postales, llegando más tarde á hacerlo en tal número, que si hubiésemos tenido que complacerlos á todos, no habríamos tenido bastante con todo el tiempo que permanecemos en Buenos Aires. Aunque hice todo lo que pude, tengo todavía muchas promesas de esta clase sobre mi conciencia. El retraso en desembarcar nos dió tiempo para arreglar nuestro guardarropa, siendo secundados diligentemente por los sastres y dueños de bazares de ropas hechas, que hicieron excelentes negocios con nuestra expedición.

El día 2 por la mañana interrumpimos toda comunicación con tierra. A las dos empezó el movimiento á nuestro alrededor, apareciendo vapores empavesados por todas partes. A las dos y media leva anclas el «Uruguay» y empieza á moverse lentamente en dirección á tierra. Conforme avanza el buque contemplamos vapores, grandes y pequeños, todos adornados y repletos de pasajeros, que nos saludan dando vivas y agitando los pañuelos, en tanto que las bandas de música se oyen tocar aquí y allá, y los vapores hacen sonar sin interrupción sus sirenas. Reina el mayor bullicio y regocijo

que pueda imaginarse. A poco se reúnen más de cuarenta vapores, pasando unos por nuestro lado y siguiendo otros nuestra estela.

Nos acercamos á la orilla y pasamos por la estrecha entrada de las dársenas. Todas las riberas están cubiertas por inmensa muchedumbre, todos los edificios y paseos, los muelles y los vapores trasatlánticos allí amarrados aparecen adornados con banderas y llenos de gente. En el fondo de la dársena, donde hemos entrado, se levanta una alta tribuna, y al pie de ésta amarra el «Uruguay». El Presidente de la República se ha visto privado en el último momento de asistir por haber fallecido un hermano suyo, pero todo lo más importante de la capital, ministros y oficiales, representantes de las autoridades y sociedades, todos se han reunido allí para recibirnos. El presidente del comité de la fiesta, doctor Montes de Oca, nos da la bienvenida, no sólo á la expedición sueca, tanto tiempo esperada con viva impaciencia, y ya de vuelta, después de haber llenado su cometido, sino también á la argentina, que de modo tan feliz había cumplido la misión de salvarnos. El ministro de Marina habla en nombre de la flota de guerra, y entrega á Irizar su nombramiento de capitán de fragata.

Ha llegado el momento de subir á los coches que nos llevarán por en medio de la población á la Sociedad de Oficiales de Marina, situada en la calle Florida donde tendrá lugar la recepción. A duras penas podemos abrirnos camino por entre la gente para llegar á los coches. En el primero de ellos subí yo en compañía del capitán Irizar y el doctor Montes de Oca, y en los demás se fueron colocando los oficiales y las tripulaciones del «Uruguay» y del «Antártico». Es difícil formarse una idea

del cuadro que ahora siguió, únicamente posible en una población grande y en un país habitado por gentes tan afables y expansivas como las del sur. No puedo calcular el gentío que habría allí, seguramente algunos cientos de miles, á pesar de que el gobierno no había concedido fiesta general, queriendo evitar que la multitud fuese demasiado numerosa. Se decía que espectáculo semejante no se había visto nunca en Buenos Aires. Despacio y con gran dificultad van atravesando los coches por entre la muchedumbre, que saluda y prorrumpe en estruendosos vivas. Por todas partes nos ofrecían flores, las familias de trabajadores pobres se habían procurado las suyas en los parques públicos, de muchos sitios nos tiraban preciosos ramos; todo lo apreciábamos igualmente, tanto más, cuanto que eran las primeras flores que habíamos visto en el transcurso de algunos años. Los coches se llenaron, por las calles había extendida una capa de flores y verdes hojas que habían sido tiradas desde las ventanas y balcones, sin haber llegado hasta nosotros, ahora tan festejados y que algunas semanas antes éramos unos pobres náufragos abandonados allá entre los hielos eternos.

Es necesario reconocer que el principal homenaje de aquella multitud iba dirigido á la propia expedición del país, lo cual nos congratulaba sinceramente, pues lo tenían bien merecido. Habían trabajado denodadamente á bordo de aquel buque, que distaba mucho de reunir todos los requisitos necesarios para el objeto que se le había destinado, y eran por este motivo tanto más acreedores á nuestro profundo agradecimiento. Confesemos también que este homenaje tan unánime demostraba que las exploraciones polares se habían hecho aquí populares de un modo sólo comparable á los países de Europa y qui-

zá también á los de Norte América. Si es cierto, como se ha dicho algunas veces, que el interés producido por una empresa de verdadero valer da la medida de la cultura de los pueblos, constituía esta manifestación seguramente una prueba del excelente estado en que se encontraba el pueblo argentino, y nadie que lo haya presenciado y recuerde además la benevolencia ya dispensada antes á nuestra expedición, podrá dudar que en plazo breve se formarán aquí empresas independientes encaminadas á la exploración del Polo. Si supiera que nuestra expedición en el «Antártico» había contribuido á despertar semejante interés, sacrificaría gustosamente algo más de lo que la pérdida del buque podía suponer.

También alcanzamos otro resultado, por el cual habría dado gustoso mi vida. Entre aquellos cientos de miles de personas que nos rodeaban, el nombre de Suecia había sido conocido hasta aquí á lo sumo como un país frío cercano al Polo, tan retirado como las regiones de donde ahora llegábamos, y seguramente serían muy pocos los que, antes de ahora, habían visto la bandera sueca. Donde quiera que íbamos se oían los vivas á Suecia, repetidos por millares de voces, y las casas y calles estaban en su mayor parte adornadas con los colores de Suecia. Conmoviome especialmente el precioso decorado que el Ayuntamiento de Buenos Aires había hecho instalar entrelazando grupos de banderas argentinas con las de nuestra patria. Había propuesto la comisión de festejos efectuar en honor de la expedición un grandioso desfile ante la Sociedad de Oficiales de Marina, pero resultó imposible, pues el gentío era tan numeroso, que aun nosotros únicamente á costa de grandes esfuerzos conseguimos llegar á dicho punto.

Después de una corta ceremonia de recepción nos dirigimos por las calles, ya espléndidamente iluminadas, á nuestra residencia. El periódico más importante de Sud América, *La Prensa*, en su palacio, que, dicho sea de paso, ha costado un millón, sito en la principal calle de Buenos Aires, había puesto un piso completo á disposición del personal científico y capitán del «Antártico». Allí teníamos nuestro cuartel general durante la permanencia en tierra, rodeados de todo lo que la más exquisita cortesía podía imaginar.

Los días sucesivos fueron para nosotros de continua fiesta. Las invitaciones de toda clase y las visitas, nos ocupaban de tal modo el día, que yo apenas si tenía tiempo ni aun para cumplir mis obligaciones más indispensables. Mucho menos podíamos pensar en ver la población y sus alrededores, aunque ocasión más á propósito difícilmente llegaría á presentarse. A cuantas distinciones se honraba á la expedición, se unió la oferta hecha por la línea alemana de vapores «Hamburg-Südamerikanische Dampfschiff-Gesellschaft», de conducirnos gratis en su vapor «Tijuca» á Europa.

Determinamos, pues, salir de Buenos Aires el 10 de diciembre. La noche anterior, la Sociedad Geográfica Argentina, había organizado en el salón del teatro más grande de Buenos Aires una importante recepción en nuestro obsequio, ante un público de más de tres mil personas, entre las cuales se hallaba lo más escogido y de mayor significación en la capital. Yo celebré una conferencia acerca de la expedición, y el teniente Jalour y Skottsberg relataron en pocas palabras, el primero el viaje del «Uruguay» y el segundo la sumersión del «Antártico».

Los dos marineros de las islas de Falkland que habían

tomado parte en el último viaje del «Antártico» se quedaron en Buenos Aires, pero aun faltaba otra despedida más. Nuestro compañero argentino, el teniente Sobral, que desde un principio había compartido con nosotros todas las penalidades de la exploración, quedaría también aquí. Nadie había sido más activo que él en el desempeño de su cometido, y la mayor satisfacción que al despedirnos sentía yo, era que hubiese conseguido volver sano y salvo al seno de su familia y á su patria. Esta posee ahora en él, para futuros trabajos en las regiones antárticas, un hombre con sólidos conocimientos de los métodos y detalles necesarios para las exploraciones polares.

Con referencia al tiempo que los demás estuvimos todavía juntos, poco tengo que añadir. En Montevideo tuvimos que agradecer al cónsul Rogberg algunas horas de grato recuerdo y haber sido presentados por él al presidente de la República. La travesía en el «Tijuca» fué lo más feliz que pueda uno imaginar. Una vez más teníamos que pasar las fiestas de Navidad y Año Nuevo fuera de casa, aunque podíamos congratularnos de hacerlo en agradable compañía. En Madera encontramos un periodista francés y en Vigo uno sueco, ambos enviados con objeto de conocer durante el viaje todas nuestras aventuras y el resultado de nuestros trabajos de exploración. En Bolonia, donde á media noche nos detuvimos una media hora, fuimos recibidos por una comisión, á cuyo frente estaban el alcalde y presidente de la Cámara de Comercio, ofreciéndonos un magnífico ramillete de flores con los colores de Francia.

El día 6 de enero arribamos á Hamburgo, y estando aún en el Elba, salieron á saludarnos los gerentes de las compañías de vapores, representantes de la colonia es-

candinava, círculos científicos de la población y amigos particulares.

El día 8, por la noche, continuamos el viaje por ferrocarril hacia el norte. El día siguiente lo pasamos en Copenhague en agradable compañía de los geólogos y exploradores polares que allí había. Por lo que á mí respecta, puedo manifestar que tuve la especial satisfacción de hallar muchos amigos de la época que, bajo bandera danesa, conduje el «Antártico» en su viaje á Groenlandia. Por la noche nos embarcamos en el vapor que nos había de llevar á Suecia. Subí á cubierta en el momento en que las luces de la costa de mi patria empezaban á resplandecer en la obscuridad de la noche, y allí, solo, di humildes gracias porque yo y tantos de mis compañeros habíamos llegado con vida. Unos cuantos minutos más y estaremos junto al muelle de Malmö.

Inmensa multitud esperaba nuestro arribo. Nos obsequiaron con flores y recorrimos en coche el corto trayecto hasta la estación. Al entrar en ésta nos vimos sorprendidos con la presencia de un nutrido orfeón, que á nuestra llegada entonó una popular balada. Las lágrimas me subieron á los ojos, era el saludo de mi patria, el más apreciado de cuantos podía recibir. Aquellos primeros momentos en tierra de Suecia tenían para mí un valor tan estimable, que me compensaban de todas las penas y contrariedades experimentadas durante los últimos años.

Ya estamos en casa, y puede por fin terminar este relato. Llegó el grandioso recibimiento en Estocolmo y Upsala, que sobrepujó á todo lo que habíamos podido esperar ó nos creíamos merecer, llegó el momento de reunirnos á los que nos aguardaban en casa... pero, para

pintar todo esto no encuentro palabras adecuadas, ni entra tampoco en el objeto de esta obra.

Aunque lo haría con el mayor gusto, siento mucho que no me sea posible, sobre lo ya dicho, presentar un estudio del resultado científico de la expedición. El Estado Sueco ha concedido el crédito necesario para la realización del mismo, y ya se está trabajando activamente, pero aun pasarán algunos años antes de que quede terminado.

Había llegado el momento de la separación. Felizmente estaba combinado ello de modo que podíamos efectuar todos juntos el viaje á Estocolmo y separarnos al llegar allí. Tenía en verdad muchos motivos para dar al despedirnos las gracias á mis compañeros. Cooperación mejor que la que me prestaron los dos principales exploradores, al frente de las estaciones de invierno de la bahía de la Esperanza é isla de Paulet, Andersson y Larsen respectivamente, á buen seguro que no la ha tenido nunca ningún jefe de expedición. Un estado mayor científico más vigoroso y activo que el formado por aquellos que habían sido mis compañeros, difícilmente podrá encontrarse, y la oficialidad y tripulación del «Antártico», tanto en la fortuna como en la adversidad nos había seguido sin quejarse, siempre dispuestas á los trabajos más duros y á los mayores sacrificios para no perder las tradiciones de las expediciones polares, que antes de ahora habían sido enviadas por los países hermanos de Escandinavia.

APÉNDICE

Rápida y continuamente adelanta en nuestros días el conocimiento de la superficie de la Tierra. Ciertamente que no pueden darse ahora pasos gigantescos como el del célebre genovés que, hace cuatrocientos años, dividió en dos el mar descubriendo una nueva parte de la tierra, pero los vacíos aun existentes en los mapas geográficos se van llenando lentamente y las «manchas blancas» ya no se destacan tan numerosas como antes en los mapas. Ninguna de las regiones á que corresponden han dado origen durante el último siglo á tantos trabajos como las del territorio Polar del Norte, mancha extensa que está por fin en camino de desaparecer. Las orillas del vasto mar helado del Norte han sido poco á poco casi completamente cartografiadas, y no es creíble que exista en su centro ningún otro territorio de positiva importancia, aparte de las islas y archipiélagos que forman las únicas regiones del Polo Norte realmente conocidas.

En dicho mar polar y en sus orillas preséntase una singular naturaleza en medio de la nieve, de los hielos y